



una
mujer
infidel
miguel
sáez
carral

Miguel Sáez Carral



Una mujer infiel

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Miguel Sáez Carral, 2018
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: marzo de 2018
Depósito legal: B. 2.173-2018
ISBN: 978-84-08-18261-0
Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.
Impresión: Unigraf
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Entonces vio el cuerpo tendido entre la alta hierba.

Yo no estaba allí. Solamente puedo imaginarlo. Amanecía. El corredor atravesaba el bosque de este a oeste. De alguna forma era como si huyera de la luminosidad del día naciente que asomaba a su espalda por la línea del horizonte y buscara amparo en las sombras que la noche abandonaba en su retirada, a cada segundo más pálidas. Tenía cierto sentido que fuera así. Durante semanas las temperaturas habían sido dos o tres grados más altas de lo normal para aquella época del año. En muy poco tiempo, en solo unas horas, aquel mismo sol abrasaría la tierra y todos y cada uno de los seres vivos de la ciudad nos esconderíamos de sus rayos para no morir de calor. Y sin embargo, unos minutos antes, al pisar la calle, el corredor había notado cómo el vello de su piel se erizaba. Aquel escalofrío, en medio de unas semanas de asfixiante calor, había sido como el reencuentro inesperado con un amor perdido. La noche anterior, una de las primeras tormentas del verano había descargado una intensa lluvia sobre la ciudad y el suelo todavía húmedo desprendía ese olor característico de la tierra mojada después de un largo periodo de sequía. El aire era fresco y limpio.

Avanzaba por un camino de tierra entre grupos de encinas, alcornoques y algún pino manso que se elevaba sobre el perfil del bosque. Sus rítmicas pisadas hacían crujir un rastro de hojas y pequeñas ramas que habían sido arrancadas con brutalidad de las copas de los árboles, durante la tormenta,

por la fuerza de un viento salvaje. Aquel camino ancho y de tierra blanca compacta, normalmente limpio y despejado, era el elegido por los que practicaban el atletismo y el ciclismo y también por las parejas que paseaban a sus perros o con sus hijos los fines de semana. Fue un golpe de fortuna —quizá motivado por el aburrimiento de seguir la misma ruta cada mañana— que decidiera desviarse del camino principal y tomara aquel otro sendero estrecho y sinuoso que ascendía en una ligera pendiente, hendido entre la maleza, para continuar su carrera. Precisamente donde estaba ella.

Corrió apenas durante un minuto. Al principio le llamó la atención que, a un lado del sendero, las hierbas altas nacidas en una primavera muy lluviosa y ahora de color dorado pálido, agostadas, con las espigas dobladas por el peso de las semillas, estuvieran aplastadas. Habían sido rendidas sin piedad sobre la tierra, como si la noche anterior un gran animal se hubiera abierto paso por allí. Y no fue hasta un poco más tarde cuando se fijó en aquella mancha de un llamativo color blanco y rojo —el color de su vestido— en el campo amarillo. Y todavía tardó unos segundos más en darse cuenta de que lo que había allí tendido era un cuerpo de mujer.

Detuvo su carrera y se quedó inmóvil. Notó el golpeteo de sus pulsaciones en las venas del cuello, las gotas de sudor que caían por su frente, escuchó el sonido de su respiración apresurada y tuvo que hacer un esfuerzo para producir un poco de saliva que aliviara la sequedad de su garganta. Espiró con fuerza por la boca y dio un puñado de pasos sobre los tallos aplastados de la hierba seca hasta que estuvo a solo un par de metros de ella. El cuerpo estaba echado boca arriba, con la cabeza ladeada sobre su hombro izquierdo, los brazos extendidos, una pierna estirada y la otra flexionada. El pelo castaño claro, alborotado, le ocultaba parte del rostro. Algunos mechones corrían pegados a una mejilla y sus puntas entraban por la comisura de sus labios. Los hematomas y las heridas abiertas marcaban su rostro. Era evidente, incluso para

alguien que no era médico —no recuerdo qué profesión tenía el corredor, pero desde luego no era médico—, que debajo de aquella carne amoratada y deformada, en un pómulo y en la mandíbula, había huesos rotos y astillados.

La piel estaba hinchada y tensa y pequeños regueros de sangre, ya secos, habían corrido desde su nariz, también rota, y desde sus labios partidos y bajado por la barbilla y por el cuello hasta la parte superior del pecho. El párpado del ojo izquierdo estaba inflamado y amoratado, y le vino a la mente la fotografía de uno de esos boxeadores con los ojos hinchados, transformados en apenas una línea negra en el rostro abultado, después de recibir una tremenda paliza. Y al observar las heridas de la mujer sintió el mismo dolor que debía haber sentido ella. Notó una punzada en la boca del estómago y tuvo que contener una arcada que subía por su garganta como un ascensor por un rascacielos. Con las palmas de las manos apoyadas en las rodillas y la espalda doblada, se obligó a hacer profundas inspiraciones, tomando aire por la nariz y soltándolo por la boca.

Dos rabilargos de cabeza negra y larguísima cola de un color azulado alzaron el vuelo desde la rama de un árbol cercano y lanzaron un grito áspero y nasal que le asustó. Miró a su alrededor girando su cuerpo hacia un lado y otro varias veces. Aquella mujer había sufrido una agresión de una violencia extrema y de repente pasó por su cabeza la idea de que quien le hubiera hecho aquello podía estar todavía cerca, acechante. Y entonces quiso —lo confesaría más tarde sintiendo una gran vergüenza— darse la vuelta y salir corriendo. A su alrededor no había nadie. El bosque estaba tranquilo. Los rayos del sol se colaban entre las ramas de los árboles que lo rodeaban, encinas de hojas duras de un color verde desteñido, y brillaban como antorchas encendidas. Algunos insectos volaban a través de los haces de luz. Escuchó el gorjeo de los pájaros más pequeños y, muy alejado y amortiguado, el sonido de un vehículo al pasar sobre el asfalto de una carre-

tera cercana. Se deshizo de la angustia y del miedo, recobró el sentido común y se dijo que no era probable que el agresor siguiera por allí.

La mujer llevaba un vestido de verano blanco estampado con grandes flores de color rojo oscuro. Estaba sucio, de tierra o barro y sangre, y mojado. La tela, un algodón delicado, se le había pegado al cuerpo y en algunos lugares se le transparentaba. Uno de los tirantes había sido arrancado y el escote vencido dejaba a la vista la parte superior de un seno y un fragmento de la areola rosada del pezón. Grandes manchas de color oscuro, hematomas, se dibujaban en la piel de sus brazos y en una de sus rodillas tenía una gran herida profunda, roja y seca.

La parte inferior del vestido, rasgada por las costuras, estaba doblada sobre su abdomen. No llevaba ropa interior. Por pudor apartó inmediatamente la mirada. Se arrodilló a su lado y con un cuidadoso movimiento tomó el borde del tejido con la punta de dos dedos y lo bajó poco a poco hasta cubrirle el sexo. Un insecto revoloteó cerca del muslo de la mujer y fue en ese instante, al alargar la mano para espantarlo, cuando perdió el equilibrio y rozó ligeramente su piel. Se sorprendió al notar que el cuerpo estaba tibio. Solo entonces pensó que todavía podía estar viva. Le tomó el pulso en la muñeca, fina y delgada, y no sintió nada. Después hizo lo mismo en la arteria de aquel bonito y estilizado cuello. Y de repente percibió el pequeño golpe casi imperceptible. El latido. Por un instante no supo si era suyo o de ella. Necesitaba estar seguro. Acercó su cara a la de la mujer y entonces notó su aliento en la mejilla.

Todavía estaba viva.

Yo entonces tenía treinta y dos años y me encontraba en el salón de nuestra casa en una pequeña y antigua colonia al este de la ciudad, muy cerca del bosque. Aquella mañana bebía café con el hombro apoyado en el marco de las puertas acristaladas que daban al jardín, abiertas de par en par, y observaba los frutos de la tormenta de la noche anterior. La hierba estaba húmeda y la tierra era más negra, y se mantenía en el aire ese aroma a «lluvia de verano» tan inconfundible, especial, agradable y misterioso.

Ese aroma había sido bautizado en 1964 por un equipo de investigadores australianos como «petricor». El nombre se deriva de la unión de dos palabras griegas: *petros*, que significa «piedra», e *ikhôr*, con la que se denomina al líquido que fluía por las venas de los dioses en la mitología de Grecia. Hacía poco que había leído en uno de esos artículos que los medios de comunicación publican como material de relleno en la época estival que existían varias teorías sobre lo que producía ese aroma y por qué en invierno la tierra mojada no olía de la misma manera. Una de las hipótesis explicaba el fenómeno atribuyéndoselo a las descargas eléctricas de las tormentas, que hacían descender hasta la superficie de la tierra corrientes de aire fresco con altas concentraciones de ozono. Otra, que el olor era originado por las esporas de las plantas, por las bacterias y por unos microorganismos que la lluvia despertaba después de un prolongado espacio de sequía. Y por último, la teoría que parecía demostrada por un

grupo de científicos de una universidad norteamericana decía que el aroma era producido por burbujas de aire generadas por el choque de las gotas de lluvia contra las piedras calientes. *Petricor*.

Las pequeñas hojas alargadas y casi amarillentas de la acacia que crecía en una esquina del jardín estaban esparcidas por la superficie del agua de la piscina, por el suelo de tablas de madera que la rodeaba y también por el césped y los parterres de flores. Un par de sillas de terraza habían sido derribadas y desplazadas una decena de metros y yacían patas arriba con sus respaldos enterrados en uno de los setos de bambú que Be, mi mujer, había plantado para cubrir la valla trasera. Aunque no había sido la tormenta quien las había arrojado hasta allí.

La tormenta remató diez largas horas en las que el sol abrasó la ciudad sin descanso. La caída de la tarde no hizo que el calor disminuyera; al contrario, creció una sensación sofocante, como si el aire se hubiera vuelto tan denso como el jarabe y con su peso nos estuviera aplastando. Los perros ladraban como locos en la calle, los hombres se amenazaban en la puerta de los bares y los niños pequeños lloraban sin hambre ni sueño en los brazos de sus madres. Entonces, nubes de un negro intenso se formaron en el horizonte y corrieron veloces hacia nosotros impulsadas por un viento salvaje y trajeron la lluvia. Cuando los rayos agrietaron el cielo negro y los truenos hicieron vibrar la tierra como los ecos de una lejana batalla, los perros dejaron de ladrar y los niños de llorar, y los hombres apartaron a un lado sus conflictos y todo el mundo alzó su mirada al cielo. El agua comenzó a golpear, con infinita violencia, la superficie de la tierra. El sonido de la lluvia, aquel rugido brutal, reforzó la fe de los creyentes y nos recordó al resto nuestra pequeña condición y naturaleza.

La tormenta descargó su furia durante más de una hora sobre la ciudad. Y después se hizo el silencio y la gente pisó de nuevo las calles, y se abrieron ventanas y balcones y se en-

cendieron luces, y por todos lados se escucharon risas y gritos de entusiasmo parecidos a las voces de una población liberada después de largos años de ocupación por un ejército enemigo. Sobre la tierra algunos percibieron sus efectos visibles, como aquellas hojas de la acacia esparcidas por la piscina y el jardín. Y otros percibimos los invisibles. Como su ausencia.

Un año antes, también un día de verano, también junto a una piscina, había comenzado el final de nuestra relación. Conservo en la memoria un recuerdo preciso del momento. Como en una fotografía. Mis pies descalzos pisan el frío suelo de baldosas de piedra blanca pulida de una cocina. Entre los dedos de mi mano derecha humea un cigarrillo de hierba —en aquel momento todavía fumaba— mientras mi mano izquierda sostiene una cerveza fría. Miro a través de una ventana. El agua de la piscina es muy transparente y a su alrededor se extiende una pradera de hierba recién cortada.

Ella no sabía que yo estaba allí. Aunque tampoco estoy muy seguro de esa afirmación. Muchas veces he pensado que quizá he dado por sentado algo que no tenía por qué ser así. Quizá sí lo sabía y lo que intentó fue probarme, averiguar cuál sería mi reacción, o quizá romper lo nuestro de una vez para siempre.

Estábamos en la casa de su amiga Anita. Mi mujer, Be, tendida sobre una toalla en un trozo de césped cerca de la piscina, tomaba el sol boca arriba con los brazos alineados al lado del cuerpo y una rodilla levantada. Su biquini, de un azul turquesa similar al agua de una playa del océano Índico, era pequeño y sus gafas de sol, enormes. Algunas veces, cuando mi mirada la encontraba de improviso, me recordaba mucho a una Jane Birkin a la que había visto en unas fotografías de una revista americana. Anita salió del agua y lentamente se acercó a ella. Se colocó a su lado y dejó que gotas de agua fría resbalaran por su pelo y también por sus brazos y sus ma-

nos y cayeran sobre el vientre y el pecho de Be, que se agitó sorprendida y extendió un brazo para tratar de detenerla. Mi mujer agarró la mano de su amiga, tiró de ella e hizo que se arrodillara a su lado. Sus rostros quedaron muy cerca el uno del otro. Be levantó ligeramente su cabeza y besó los labios de Anita. Fue un beso suave y corto. Al separar sus cabezas, en el rostro de Anita resplandecía una hermosa y limpia sonrisa. Luego Be hizo un comentario —que no llegué a entender— al que Anita respondió echando la cabeza hacia atrás y soltando una carcajada. Volvió a inclinarse sobre Be y sus labios se unieron de nuevo, y esta vez el beso se alargó durante unos segundos. Luego se dejó caer a su lado e hizo que su mano resbalara por el vientre brillante de Be. Sus dedos levantaron el borde de la braguita del bikini azul turquesa y desaparecieron en su interior. La tela parecía a punto de estallar. Anita hundió su cabeza en el hueco formado por el cuello y el hombro de Be. Apenas unos instantes más tarde mi mujer arqueó la espalda, su vientre se tensionó y sus caderas se elevaron unos milímetros sobre el suelo. Cubrió su boca con el dorso de una mano, aunque eso no consiguió silenciar un gemido gutural largo e intenso que emitió al mismo tiempo que su cuerpo se agitaba en un espasmo eléctrico desde su cuello hasta la punta de los pequeños dedos de sus pies. Luego su cuerpo desfallecido quedó muy quieto, abandonado, sin aliento. Los besos de Anita que se repartieron por su vientre, la parte superior de los senos y el cuello parecieron reanimarla. Entonces mi mujer tomó el rostro de su amiga con las dos manos y la besó. Con un ágil movimiento se colocó sobre ella y después rodaron sobre la hierba riendo.

Be me había sido infiel. Acababa de hacer el amor con otra mujer. Una escena como aquella hubiera provocado en cualquier hombre una serie de sentimientos como los celos, la ira, la rabia o la furia, o incluso la pena o la tristeza. Sé que suena ridículo y es lastimoso admitirlo, pero lo que yo sentí en aquel momento fue excitación y deseo. Al retirarme de la

ventana una enorme y dolorosa erección pugnaba por escapar de la prisión de tela de mis pantalones cortos.

No hice nada, no moví ni un solo músculo para impedir o al menos detener lo que estaba ocurriendo junto a la piscina. Me pregunto si también me hubiera mostrado impasible delante de la ventana de aquella cocina, inmóvil en la sombra, conteniendo la respiración y notando cómo gotas de sudor se creaban sobre mi piel y descendían por mi espalda bajo la camisa, si Anita hubiera sido un hombre. ¿Cómo me habría comportado? ¿Habría dejado que completara el acto sexual con Be? No. Si un hombre le hubiera metido la mano bajo la braguita del bikini y movido la yema de sus dedos sobre su sexo, habría dejado el cigarrillo de hierba a medio fumar sobre el cenicero de la encimera de mármol de la cocina, habría salido corriendo y le habría agarrado por el cuello apartándole de ella. Y después le habría lanzado un golpe en dirección al arco de su nariz o a su pómulo concentrando en él toda la fuerza de mis más de ochenta y cinco kilos de peso. Se lo habría roto sin duda. Se lo habría aplastado como a un insecto. Es posible que después de ese primer golpe le hubiera lanzado muchos más hasta que alguien o algo me hubiera detenido. Habría convertido su rostro en un amasijo informe de huesos rotos y carne lacerada. Sí, lo sé. Es una torpe excusa que solo me doy para tratar de encubrir el hecho de que consentí que Anita masturbara a mi mujer junto a su piscina.

Había dejado que el cigarrillo de hierba se apagara. Me lo llevé a los labios, lo encendí de nuevo y le di una profunda y larga calada. En aquel momento escuché el ruido de la puerta de la casa a mis espaldas y la voz de Tomás, el marido de Anita, anunciando su llegada. Entró en la cocina y dejó un par de bolsas de plástico blanco sobre el suelo. Dijo algo sobre el calor y la gente que había en el supermercado y explicó el retraso echándole la culpa a un conocido a quien se había encontrado y al que no había podido evitar sin parecer maleducado. Se asomó a la ventana. Anita y Be fumaban, sen-

tadas en el bordillo de la piscina, con los pies metidos en el agua, separadas por un metro o algo más de distancia.

—¿Te estás escondiendo? —me preguntó.

Sonreí y le enseñé el cigarrillo de hierba a medio consumir entre los dedos de mi mano derecha.

—Te entiendo —dijo—. Yo también me escondo a veces. ¿Me das una calada?

Le pasé el cigarrillo.

—Hace mucho que no fumo. Desde los tiempos de la universidad.

Hizo una inspiración demasiado profunda y larga, se le descompuso la mirada y tuvo un acceso de tos que le hizo doblarse por la cintura.

—Te gustan cargados, ¿eh? —afirmó como si quisiera justificar su falta de costumbre con el hecho de que yo hubiera puesto mucha hierba en la mezcla.

No era verdad, pero sonreí dándole la razón. Me lo devolvió.

—Me gustaría volver a fumar —dijo—. Al caer la noche me sentaría en una de las sillas del porche, me liaría uno de estos y me olvidaría de toda la mierda del despacho. Tengo un jefe nuevo que me las está haciendo pasar putas, ¿sabes?

Durante un segundo dudé si debía decirle algo sobre lo que acababa de ver. Algo así como: «He visto cómo tu mujer le metía la mano en la braguita del bikini a Be y la masturbaba al lado de tu piscina de agua salada. Y creo que mi mujer le ha dado las gracias a la tuya después de correrse». Me hubiera gustado ver qué cara habría puesto. ¿Incredulidad, asombro, incompreensión, alegría? Quizá se lo habría tomado como una broma de mal gusto y yo habría quedado como un bobo grosero con oscuras y perversas intenciones. O quizá me habría sonreído y después de una amigable palmada en el hombro me habría contestado: «No te sientas mal. Se lo hace a todas sus amigas. Es una gran perra, ¿verdad? —Y después de una pausa habría añadido—: La adoro».

No dije nada y no pude sorprenderle y él tampoco a mí. En lugar de eso, le ayudé a colocar la compra.

—Anita —dijo Tomás— no me contó nada de que fuerais a venir. De otra forma, la despensa estaría llena y no habría tenido que salir con este calor.

Le pedí disculpas y él me contestó que no tenía por qué hacerlo.

—Ellas trazan los planes y nosotros solo cumplimos sus órdenes —dijo Tomás, y después añadió—: Al fin y al cabo, son de Producción. ¿No es eso lo que decís vosotros?

No tenía ni idea de lo que hablaba. Aunque sí, era cierto, Be y Anita eran de Producción. Se habían conocido en el rodaje de una película, un largometraje norteamericano, y después habían encadenado tres o cuatro trabajos más como compañeras en el departamento de Producción. Eran amigas. Muy buenas amigas. Nosotros, los maridos, apenas nos habíamos visto a lo largo de aquel tiempo. De no haber sido por aquel momento al lado de la piscina, quizá nunca habría pensado en lo precipitado de aquella invitación para pasar el día en su casa de las afueras de la ciudad. Teníamos la presentación de un libro aquella misma noche y dos planes en el mismo día hacían que nuestra agenda social estuviera sobrecargada. Pero Be insistió mucho. El verano estaba siendo caluroso y los cuatro, por motivos de trabajo o de falta del mismo, nos habíamos quedado en la ciudad. Su casa estaba en las afueras, donde suponíamos que las temperaturas eran más bajas. Tenían piscina, habría cervezas frías y podría fumar todo lo que quisiera. Y además me prometió que regresaríamos a tiempo para la presentación del libro. No podía negarme.

Días después se me ocurrió que aquel plan improvisado podía haber nacido aquella misma mañana con un mensaje corto o una llamada de teléfono y un «te echo de menos» o un «quiero verte» o un «me muero por besarte». No lo sé con seguridad, pero imagino que algo así debió ocurrir. De

lo que estoy seguro es de que aquella no era la primera vez que lo hacían. Era la primera vez que yo lo presenciaba, pero no era la primera vez que ellas se habían besado y se habían tocado y habían hecho el amor. La naturalidad con la que se fundieron sus cuerpos delgados y morenos, las posturas de sus manos, de sus brazos, de sus piernas, la sintonía de sus movimientos delataban que entre ellas dos había una experiencia previa. La precisión de sus movimientos, la rapidez con la que había alcanzado el orgasmo, sus risas cómplices una vez que Be acabó, el beso que se dieron después. Aquella era una pareja que había iniciado hacía meses una relación. O quizá más.

Atravesamos la casa con una cubitera llena de hielo, una botella de vino blanco muy frío, copas, una cerveza para mí y unos cuencos con varios aperitivos. Cuando cruzamos el umbral de las cristaleras del salón y salimos al porche de madera escuché a Anita, que volviéndose hacia Be decía:

—Los chicos ya han vuelto.

Los chicos ya han vuelto. Me expliqué así, entonces, su absoluta falta de precaución para abordar el acto sexual que acababan de practicar a plena luz del día, sin buscar un lugar seguro a resguardo de las miradas de los demás. Supuse que habían pensado que yo había acompañado a Tomás a por las bebidas y que se habían quedado solas en la casa. Las chicas dejaron el borde de la piscina y se acercaron hasta la mesa donde el marido de Anita había colocado la bandeja a cubierto bajo la sombra formada por una gran lona blanca. Be puso una de sus manos en mi nuca.

—Estás sudando —dijo, y me preguntó si no me apetecía darme un baño.

Me despojé de la camisa y después de los pantalones cortos recordando mi reciente y humillante erección, le di un trago a mi cerveza y me sumergí en el agua artificialmente salada de la piscina. Desapareció el ruido pero permanecieron las imágenes. Hice dos o tres largos y después me detuve en

el extremo más alejado y me quedé con los brazos apoyados sobre el bordillo de piedra y la cabeza reposando sobre ellos. Be vino nadando hacia mí, se abrazó a mi espalda y se quedó allí agarrada durante un buen rato. Desplacé la mirada hacia el fondo del jardín. Anita nos observaba. Llevaba unas gafas de sol con cristales de espejo y no podía ver sus ojos de color negro, pero sonrió. Nos observaba.

Durante el resto de la tarde aguardé expectante a que sucediera algo más, a que se produjera un anuncio a los postres, a que quizá hubiera preparada una sorpresa. En cada frase que se dirigían yo trataba de encontrar un sentido oculto, un código escondido que sin duda sería la señal convenida para iniciar la acción. Y lo esperaba con una mezcla de deseo pero también de miedo. Lo cierto es que no pasó nada. También podría haberlo provocado yo. Sí, cuando los cuatro estábamos sentados a la mesa, bajo la sombra protectora de la lona blanca, que con el ligero viento se hinchaba como una vela de barco, disfrutando de la comida que había preparado Tomás, podría haber levantado mi tercera o cuarta cerveza y, después de darle un pequeño trago, haberme aclarado la garganta y haberle preguntado a Be: «¿Desde cuándo sois amantes? —Y también podría haber añadido—: ¿Es solo sexo o te estás planteando algo más? ¿Vas a abandonarme?». Quizá la situación me provocó una especie de pequeño ataque de histeria, o quizá la mezcla de hierba y cerveza me sumió en un estado de euforia absurda, pero el caso es que imaginé, al menos un par de veces, que hacía esas preguntas y en algún momento se me escapó una sonrisa estúpida que captó la atención de Be, la de su amiga y la de su marido, aunque ninguno de los tres se atrevió a preguntar qué era lo que pasaba por mi cabeza. No dije nada. Y al cabo de un rato me di cuenta de que prefería guardar el secreto al menos un poco más de tiempo. Me hacía sentirme, de alguna manera, especial.

Nos despedimos a media tarde. Tomás me dio un apretón de manos y me sopló al oído algo sobre que me llamaría para

que le pusiera en contacto con mi *dealer*. Anita dijo que había sido un día estupendo y que se alegraba mucho de que hubiéramos improvisado aquel plan y que era una pena que tuviéramos que marcharnos tan pronto. Me dio un beso de despedida y un abrazo y se colgó de mi cuello durante un instante, y percibí su aliento cálido y ligeramente alcohólico en la piel. Cuando caminábamos hacia nuestro coche salió corriendo de la casa y llamó a Be. Mi mujer se dio la vuelta y la esperó. No escuché lo que se dijeron. Después de un intercambio de sonrisas se dieron un nuevo abrazo y Anita volvió a la puerta de la casa y Be subió al coche.

Regresamos a nuestra casa. Los cristales de las ventanillas estaban bajados y sonaba una canción en el equipo de música. Be llevaba una de las piernas recogidas sobre el asiento y su otro pie sobre el salpicadero del coche. Las grandes gafas de sol ocultaban la mayor parte de su rostro. El viento agitaba su melena corta, arremolinaba el flequillo sobre su frente y lo lanzaba hacia un lado y otro. Estaba muy callada. Con un brazo apoyado sobre la rodilla y un dedo entre sus labios. Parecía perdida en un mundo muy lejano. Pero entonces algo la trajo de nuevo de vuelta. Bajó las piernas, apagó el equipo de música, se quitó las gafas de sol y me miró. Parecía muy seria y pensé que quizá había esperado hasta el momento en el que estuviéramos solos para contarme la verdad de su relación con Anita. Me imaginé que la conversación se iniciaría con un «tenemos que hablar» o alguna frase similar. Quizá por eso había corrido Anita hasta ella después de despedirse. Quizá le había dicho: «Tienes que hablar con él», «Tienes que dejar las cosas claras», «Cuéntale la verdad». Quizá en ese mismo instante Tomás estaba sentado en el borde de la piscina intentando comprender lo que Anita trataba de explicarle sobre una relación sentimental entre dos mujeres. O a lo mejor no. A lo mejor él se la estaba follando bajo la lona de tela blanca hinchada por el viento como la vela de un barco de recreo. Ya he dicho que no hay que dar nada por su-

puesto. No aguanté su mirada más de un segundo y fui yo quien abrió la boca.

—¿Qué? —dije sin más.

—¿Qué fue lo que te dijo Tomás cuando os despedíais?

—Quería que le pusiera en contacto con mi *dealer*.

—No sabía que fumara hierba —dijo, y después de una pausa añadió—: No creo que a Anita le guste que fume.

Me encogí de hombros.

—Yo lo he pasado muy bien. Y tú, ¿qué tal? —le pregunté.

—Sí, muy bien, me alegro de haber salido de la ciudad.

Por más que intenté buscar alguna diferencia con la Be que yo conocía, no la encontré. Ni una duda, ni un gesto que revelara ansiedad, ni una muestra de culpa, ni una sola de las señales que delatan a una mujer infiel, nada.

Me pregunté qué pasaría a continuación. Sabía que pasaría algo. Sabía que aquello era como haber entrado en la sala de un cine a mitad de una película, quizá en el primer acto o quizá en el último, pero tenía claro que el final no se había proyectado y que todavía estaba por venir.

Llegamos a casa con prisa y nos fuimos de la misma manera. La presentación del libro a la que debíamos asistir se celebraba en una bonita librería alternativa del centro de la ciudad, situada en una calle llena de pequeños negocios, salas de ensayo y cafés y bares enanos con pequeñas mesas en la acera bajo toldos de colores. Cruzamos la puerta justo en el momento en el que la editora del libro comenzaba la presentación de la primera novela de Diego, amigo y compañero desde los tiempos de la Escuela de Cine. Acudió bastante gente, muchos de la profesión, y como la novela tenía algo que ver con el tequila, después de la presentación sirvieron margaritas. Me entretuve saludando a unos antiguos compañeros de clase y perdí a Be, y cuando la volví a encontrar me quedé observándola discretamente, a distancia. Atraía la atención de un grupo de hombres y mujeres que la escuchaban y ella se desenvolvía con la mayor naturalidad. Estaba muy atractiva

aquella noche. Con el pelo corto cuidadosamente despeinado y la piel morena y aquella sonrisa amplia de dientes blancos perfectos y el vestido estampado de tirantes, de una tela ligera de verano que caía suave sobre su cuerpo, pero que de alguna forma se pegaba a su piel y marcaba ligeramente las formas de sus caderas y su pecho. Era el retrato perfecto de una mujer joven, sana y feliz.

—Eres el tipo con más suerte del mundo —dijo Diego levantando una copa de vino, y me hizo brindar con ella.

Diez años atrás Diego había pronunciado esa misma frase casi con las mismas palabras. Y sin embargo, produjo en mí una reacción diferente. Diez años atrás me había hinchado de orgullo masculino y la había celebrado con una carcajada y una palmada en el hombro. En aquel momento una leve sonrisa y un gesto despreocupado fueron toda mi respuesta. Mi amigo no se dio cuenta. Estaba enajenado por el nacimiento de su primera novela, como un novio en su boda, con el pensamiento muy desordenado, y no podía percatarse de los pequeños detalles. Me llevé la conversación hacia otro terreno.

—Me ha gustado mucho la presentación. La gente estaba muy receptiva. Estoy seguro de que la novela será un éxito.

—Gracias, amigo —me contestó—, ya es un logro haber llegado hasta aquí.

Su editora vino a buscarle. Quería presentarle a alguien muy importante con quien habían concertado una entrevista de promoción. Proyectó la más grande y complacida de sus sonrisas y, después de guiñarme un ojo, se marchó. Me quedé solo y entonces mi atención volvió a centrarse en ella. Las palabras de Diego todavía resonaban en mi cabeza cuando su afirmación se transformó en una pregunta: ¿Hasta cuándo sería el hombre con más suerte del mundo? Un escalofrío recorrió mi espalda.

Estaba cerca el amanecer cuando nos metimos en la cama. Durante un largo rato estuvimos tendidos el uno junto al

otro bajo las sábanas. Ella me daba la espalda. Yo me mantenía boca arriba, despierto pero inmóvil. Pensé que ya estaba dormida cuando Be cogió mi mano e hizo que le acariciara el culo, suave y redondo. Se bajó las bragas hasta los muslos y me fue fácil meter una mano entre sus piernas y acariciarla. Estaba húmeda. Volvió su cabeza, estiró su fino cuello, noté su respiración agitada, su aliento con un rastro lejano de tequila y tabaco en mi cara, y me besó en los labios. Traté de darle la vuelta, pero se resistió. Agarró mi sexo con la mano, levantó ligeramente una pierna y se lo introdujo lentamente. Solo tuve que mover un poco las caderas para que desapareciera dentro de ella. Intenté que fuera lento, pero no se dejó. Nos corrimos. Primero ella y después yo. Unos minutos después escuché su respiración acompasada. Ya se había dormido. Yo no pude. Me levanté de la cama con el mayor sigilo posible y bajé las escaleras. Entré en el despacho y me senté en la silla de diseño escandinavo que ella me había comprado en una tienda de segunda mano y me quedé allí en silencio. Una y otra vez revivía lo sucedido aquella mañana. Primero la imagen de ellas dos sobre la hierba recién cortada que rodeaba el borde de piedra artificial de la piscina, y después mi propia reacción, o mejor dicho, mi falta de reacción. En mitad de la vigilia tuve uno de esos momentos de una claridad absoluta. Cuando por fin se apagó el ruido y solo quedó el silencio, las cosas aparecieron tan claras ante mí como si de repente se hubieran encendido dos enormes lámparas de miles de vatios. Aquella noche recordé un sentimiento parecido que había experimentado cuando era un crío. Otra mujer a la que también quería, mi madre, se había sentado a mi lado en el pequeño salón de nuestra casa y me había explicado que tendría que ingresar en un hospital. Y aunque me dijo que no debía preocuparme, aquella tarde me llevó al cine y después merendamos en una cafetería del centro, y fueron precisamente aquella inesperada película y aquel sándwich de jamón y queso a la plancha y aquel refresco los

que me dijeron que debía preocuparme por lo que iba a ocurrir en aquel hospital. Y aunque era un tiempo distinto, la sensación que me atrapó fue la misma. Y así, me di cuenta de que no había sido el deseo lo que me dejó paralizado sobre las piedras de color blanco del suelo de la cocina. Había sido el miedo. Y al ser consciente de él, sentí aún más miedo. El pánico me atrapó con tanta fuerza que por un momento creí que explotaría. Básicamente estaba aterrorizado.

He leído que el miedo es la reacción psicológica del ser humano ante la percepción de una amenaza. El miedo es algo real. El miedo ha construido imperios y ha hecho desaparecer civilizaciones enteras. En aras del miedo —disfrazado con otros nombres— se han cometido las mayores atrocidades, barbaridades y masacres de la historia de la humanidad. El miedo lleva al odio y el odio a la violencia.

Todo el mundo tiene miedo a algo. Yo tenía miedo de perder a Be.

Dejé la taza de café sobre la mesa del salón con la intención de recoger las sillas que estaban incrustadas en el seto de bambú. En ese momento escuché el sonido del teléfono. Me acerqué hasta la mesita donde siempre lo dejaba cargando por las noches y contesté.

—¿Es usted familiar de Beatriz Hernández? —preguntó la voz de una mujer.

¿Familiar? Me desconcertó la expresión. Nunca antes habían llamado a mi teléfono y preguntado por Be. O al menos nunca una voz desconocida. Pero fue la palabra «familiar» la que hizo que mirara la pantalla. El número tenía más de veinte cifras y debía tratarse de la centralita de una oficina o de una empresa. ¿Familiar? ¿A qué se refería exactamente?

—Sí, soy su marido —contesté.

El número de teléfono no pertenecía a la oficina de ninguna empresa, sino al puesto de enfermería de las urgencias

de un hospital, y quien me hablaba era la supervisora del turno de mañana. Be había sido ingresada a primera hora de aquel día.

—¿Cómo? —pregunté.

La enfermera fue clara, concisa y concreta. El estado de Be era grave. Debía acudir al hospital lo antes posible.

—Lo antes posible —repitió.